

DISFRUTA CON LA TRILOGÍA  
DE HOLLY JACKSON

Venganza

para

víctimas

CROSS  
BOOKS

HOLLY  
JACKSON

HOLLY JACKSON

*Venganza  
para víctimas*

CROSS  
BOOKS



## Uno

Ojos sin vida. Eso es lo que se dice, ¿no? Vacíos, vidriosos, vacuos. Los ojos sin vida se habían convertido en unos compañeros constantes que la seguían a todas partes, apenas a un parpadeo de distancia. Se escondían en lo más profundo de su mente y la escoltaban durante sus sueños. Eran los de él, el momento exacto en el que pasó de estar vivo a dejar de estarlo. Los percibía en el vistazo más rápido y en las sombras más oscuras; y, a veces, también en el espejo, en su propia cara.

Y Pip los estaba viendo ahora mismo, mientras la atravesaban. Unos ojos sin vida en la cabeza de una paloma muerta en el camino de entrada a su casa. Vidriosos y vacíos, excepto por su reflejo poniéndose de rodillas. No para tocarla, sino para acercarse lo suficiente.

—¿Estás lista, Pipsicola? —preguntó su padre a su espalda.

Ella se estremeció cuando la puerta de casa se cerró con un golpe violento, escondiendo la detonación de una pistola en su eco. La otra compañera de Pip.

—S-Sí —dijo, levantándose y recomponiendo la voz. «Respira. Respira hondo»—. Mira. —Señaló—. Una paloma muerta.

Él se agachó para verla. Se le arrugó la piel negra alrededor de los ojos entornados, y también el traje de tres piezas a la altura de las rodillas. Luego puso una expresión que ella

conocía muy bien; estaba a punto de decir algo ingenioso y ridículo, como:

—¿Esto es lo que vamos a cenar? —soltó.

Sí. Justo en el clavo. Últimamente, casi todo lo que salía de su boca eran bromas; como si estos días se estuviera esforzando especialmente para hacerla reír. Pip cedió y le sonrió.

—Pero solo si de acompañamiento hay puré de ratata —le siguió el juego, apartándose por fin de la mirada vacía de la paloma y poniéndose su mochila cobriza sobre un hombro.

—¡Ja! —Su padre le dio una palmadita en la espalda, sonriente—. Qué morbosa que es mi niña...

Otra vez se le mudó el gesto en cuanto fue consciente de lo que había dicho y de los diferentes significados que tenían esas palabras. Pip no podía escapar de la muerte, ni siquiera en esa mañana de finales de agosto en un momento de relax con su padre. Parecía que era lo único para lo que vivía.

Su padre zanjó la incomodidad del momento, siempre fugaz, y le hizo un gesto con la cabeza para que entrara en el coche.

—Vamos, no puedes llegar tarde a la reunión.

—Sí —contestó Pip.

Abrió la puerta del coche y se acomodó en su asiento sin saber muy bien qué más decir. A medida que el coche avanzaba, su mente se iba quedando atrás, con la paloma.

La alcanzó cuando pararon en la estación de tren de Little Kilton. Estaba concurrida y el sol se reflejaba en las hileras de coches.

Su padre suspiró.

—El comemierda del Porsche me ha vuelto a quitar el sitio.

Comemierda: otro término que Pip se arrepintió enseguida de haberle enseñado.

Los únicos huecos libres estaban en el otro extremo, cerca de la valla, donde no llegaban las cámaras. El lugar favorito de Howie Bowers. Un fajo de dinero en un bolsillo y una pequeña bolsa de papel en el otro. Sin que Pip pudiera evitarlo, el clic del cinturón se convirtió en los pasos de Stanley Forbes sobre el hormigón, detrás de ella. De pronto, se hizo de noche. Howie no está en la cárcel, sino aquí, bajo el brillo naranja de las farolas, con los ojos entre tinieblas. Stanley lo alcanza y le da el precio que ha de pagar por su vida, por su secreto. Y se gira hacia Pip, con los ojos sin vida y con seis agujeros en su cuerpo, escupiendo sangre sobre su camiseta y hasta el suelo; sangre que, sin saber cómo, ahora está en sus manos. Tiene las palmas cubiertas y...

—¿Vienes, Pipsicola? —Su padre estaba aguantándole la puerta.

—Sí —respondió ella, secándose las manos en sus pantalones más elegantes.

El tren a Londres Marylebone estaba igual de concurrido que la estación. Los pasajeros de pie, chocando hombro con hombro y disculpándose con sonrisas incómodas cada vez. Había demasiadas manos en la barra de metal, así que Pip se agarró al brazo flexionado de su padre para mantener el equilibrio. Ojalá hubiera funcionado.

Vio a Charlie Green dos veces en el tren. La primera por detrás de la cabeza de un hombre, antes de que la moviera para leer mejor el periódico. La segunda era un hombre esperando en el andén con una pistola en la mano. Pero en cuanto cogió el carrito, su cara se transformó y perdió cualquier parecido con Charlie, y la pistola solo era un paraguas.

Habían pasado cuatro meses y la policía aún no lo había encontrado. Su mujer, Flora, se había entregado en una comisaría de Hastings hacía ocho semanas. Parece que se separa-

ron en algún momento de la huida. Ella no sabía dónde estaba su marido, pero, según los rumores de internet, había conseguido llegar a Francia. Aun así, Pip lo buscaba. No porque quisiera que lo pillaran, sino porque necesitaba que lo encontraran. Y esa diferencia era esencial, la razón por la cual las cosas no volverían jamás a la normalidad.

Su padre la miró.

—¿Estás nerviosa por la reunión? —le preguntó por encima del chirrido del freno del tren al entrar en Marylebone—. Todo irá bien. Solo tienes que escuchar a Roger, ¿vale? Es un abogado excelente, sabe de lo que habla.

Roger Turner era un compañero de bufete de su padre; un hacha en casos de difamación, por lo visto. Lo encontraron unos minutos más tarde, esperando fuera del viejo edificio de ladrillo rojo en el que habían reservado la sala para la reunión.

—Hola de nuevo, Pip —dijo Roger extendiéndole una mano. Ella comprobó rápidamente que las suyas no estuvieran llenas de sangre antes de estrechársela—. ¿Qué tal el fin de semana, Victor?

—Bien, gracias, Roger. Y hoy tengo sobras para comer, así que todo apunta a que será un lunes estupendo.

—Pues vamos a ir entrando, entonces. ¿Estás lista? —Roger le preguntó a Pip mientras miraba el reloj; llevaba un maletín brillante en la otra mano.

Pip asintió. Notaba de nuevo las palmas mojadas, pero era sudor. Solo sudor.

—Todo irá bien, cariño —le dijo su padre colocándole bien el cuello de la camisa.

—Sí, he hecho miles de mediaciones. —Roger sonrió echándose hacia atrás el pelo grisáceo—. No tienes que preocuparte por nada.

—Llámame cuando acabéis. —El padre de Pip se inclinó

para darle un beso en la cabeza—. Nos vemos en casa esta noche. Roger, a ti te veo luego en la oficina.

—Sí, hasta luego, Victor. Después de ti, Pip.

Estaban en la sala de reuniones 4E, en la última planta. Pip pidió que subieran por la escalera porque, si su corazón se aceleraba por eso, no lo haría por nada más. Así era como lo racionalizaba, por eso salía a correr cada vez que notaba presión en el pecho. Corría hasta que apareciera un dolor diferente.

Llegaron a la última planta, el viejo Roger iba varios pasos por detrás de ella. En el pasillo, frente a la sala 4E, había un hombre con un traje muy elegante que sonrió cuando los vio.

—Tú debes de ser Pippa Fitz-Amobi —dijo. Otra mano que apretar, otra comprobación de que no hubiera sangre en las suyas—. Y tú, su abogado, Roger Turner. Soy Hassan Bas-hir, vuestro mediador independiente.

Hassan sonrió, levantándose las gafas con un dedo. Parecía amable y tan entusiasmado que casi daba saltitos. Pip no quería arruinarle el día, pero iba a hacerlo, sin ninguna duda.

—Encantada de conocerte —dijo carraspeando.

—Lo mismo digo. —Para sorpresa de Pip, le chocó la mano—. La otra parte ya está en la sala, listos para dar comienzo a la reunión. A no ser que tengáis alguna pregunta antes. —Miró a Roger—. Creo que deberíamos ir empezando.

—Sí, perfecto.

El abogado dio un paso adelante mientras Hassan sujetaba la puerta de la sala 4E. Dentro había silencio. Roger entró y le hizo a Hassan un gesto de agradecimiento con la cabeza. Y luego pasó Pip. Inspiró, estiró los hombros y expulsó el aire entre los dientes apretados.

Lista.

Lo primero que vio al entrar en la sala fue su cara. Sentado al otro lado de una mesa muy larga, con los pómulos alineados con la boca y el pelo rubio despeinado hacia atrás. Levantó la mirada y la miró con un brillo algo oscuro y malévolo en los ojos.

Max Hastings.





## Dos

Los pies de Pip dejaron de moverse. Ella no les había dado la orden, fue como algo primitivo, una certeza tácita de que dar un solo paso más sería estar demasiado cerca de él.

—Por aquí, Pip —dijo Roger sacando una silla justo en frente de Max, haciéndole un gesto para que se sentara.

Junto al chico, frente a Roger, estaba Christopher Epps, el mismo abogado que lo había representado en el juicio. La última vez que Pip había estado cara a cara con este hombre había sido en el estrado; llevaba ese mismo traje mientras él la acosaba con su voz cortante. Pip también lo odiaba a él, pero ese sentimiento había desaparecido y ahora estaba incluido en el desprecio que sentía por la persona sentada en frente de ella. Solo los separaba el ancho de la mesa.

—Bueno, hola a todos —dijo Hassan muy alegre mientras se sentaba en su silla: en el extremo de la mesa, entre las dos partes—. Vamos a obviar las presentaciones. Mi papel como mediador es ayudarlos a conseguir un acuerdo aceptable para ambas partes. Mi único interés es que todo el mundo quede contento, ¿de acuerdo?

Evidentemente, Hassan no había analizado con detenimiento la sala.

—El objetivo de la mediación es, básicamente, evitar una litigación. Un juicio es demasiado engorroso y muy caro para todas las personas involucradas, por eso siempre es me-

por intentar conseguir un acuerdo antes de presentar una demanda.

Sonrió, primero hacia el lado de Pip, luego hacia el de Max. La misma sonrisa para todos.

—Si no conseguimos llegar a un acuerdo, el señor Hastings y su abogado tienen la intención de denunciar a la señorita Fitz-Amobi por un tuit y una entrada de un blog, ambos publicados el 3 de mayo de este año, que, según afirman, consistía en un archivo de audio con una declaración difamatoria. —Hassan miró sus notas—. El señor Epps, en nombre del denunciante, el señor Hastings, afirma que dicha declaración tuvo efectos muy graves en su cliente, tanto en términos de salud mental como de daños irreparables a su reputación. Esto ha provocado, por consiguiente, complicaciones financieras por las que pide una compensación.

Pip cerró los puños sobre sus piernas, con los nudillos sobresaliéndole de la piel como la columna vertebral de un animal prehistórico. No sabía si iba a ser capaz de escuchar todo eso. Joder, cuánto le iba a costar. Pero respiró y lo intentó, por su padre y por Roger, y por el pobre Hassan.

Max tenía enfrente la irritante botellita de agua, por supuesto. De plástico azul oscuro con una boquilla de goma. No era la primera vez que Pip lo veía con ella. Resulta que, en un pueblo tan pequeño como Little Kilton, las rutas para correr tendían a converger. Pip había llegado a pensar que Max se cruzaba con ella a propósito. Y siempre con la puñetera botella azul.

Max la vio mirar la botella. Él la cogió, apretó para sacar la boquilla y le dio un sorbo largo y escandaloso, sin apartar la vista de ella ni un segundo.

Hassan se aflojó un poco la corbata.

—Señor Epps, si le parece, puede empezar con su alegato inicial.

—Por supuesto —dijo este, revolviendo sus papeles, y con una voz tan cortante como la recordaba Pip—. Mi cliente ha sufrido muchísimo desde la afirmación difamatoria que la señorita Fitz-Amobi publicó la noche del 3 de mayo, en gran parte debido a que la señorita Fitz-Amobi tiene una gran presencia en internet, con más de trescientos mil seguidores en aquel momento. Mi cliente tiene una educación de nivel superior en una universidad de renombre, lo que lo convierte en un candidato muy atractivo para empleos de alto rango.

Max volvió a dar un sorbo de agua, como si lo hiciera para enfatizar la observación.

—Sin embargo, en estos últimos meses, al señor Hastings le ha costado mucho encontrar un trabajo al nivel de lo que se merece. Esto está directamente relacionado con los daños a su reputación infligidos por las difamaciones de la señorita Fitz-Amobi. Como consecuencia, mi cliente se ve obligado a vivir con sus padres, porque no logra encontrar un puesto apropiado y, por lo tanto, no puede permitirse un alquiler en Londres.

«Jo, pobre violador en serie», pensó Pip, pronunciando esas palabras con los ojos.

—Pero mi cliente no ha sido el único afectado —continuó Epps—. Sus padres, el señor y la señora Hastings, también han sufrido este estrés y han tenido que salir del país para quedarse una temporada en su segunda vivienda, en Florencia. La misma noche que la señorita Fitz-Amobi publicó la declaración difamatoria, alguien atacó su casa y escribió en la fachada: «VIOLADOR TE COGERÉ».

—Señor Epps —interrumpió Roger—. Espero que no esté sugiriendo que mi clienta tuvo algo que ver con ese vandalismo. La policía ni siquiera se planteó que estuviera relacionada.

—En absoluto, señor Turner. —Epps hizo un gesto con la cabeza—. Solo lo he mencionado porque se puede suponer que hay una conexión entre las declaraciones de la señorita Fitz-Amobi y el vandalismo, ya que tuvo lugar en las horas que siguieron a dicha publicación. A causa de ello, la familia Hastings no se siente segura en su propia casa y han tenido que colocar cámaras de seguridad en la puerta. Espero que esto sirva para explicar no solo las dificultades económicas que ha sufrido el señor Hastings, sino también el extremo dolor y sufrimiento de él y de su familia con motivo de las malvadas declaraciones de la señorita Fitz-Amobi.

—¿Malvadas? —intervino Pip, notando cómo se le calentaban las mejillas—. Lo llamé violador, cosa que es, así que...

—Señor Turner —ladró Epps levantando la voz—. Le sugiero que aconseje a su clienta que no abra la boca y que le recuerde que, si hace alguna declaración difamatoria, podría clasificarse como calumnia.

Hassan levantó las manos.

—Sí, sí. Vamos a respirar todos. Señorita Fitz-Amobi, su parte tendrá la oportunidad de hablar más tarde. —Se volvió a aflojar la corbata.

—Tranquila, Pip, yo me encargo —le dijo Roger en voz baja.

—Le recordaré a la señorita Fitz-Amobi —dijo Epps sin mirarla a ella, sino a Roger— que hace cuatro meses mi cliente se enfrentó a un juicio en los tribunales de Crown y fue declarado inocente de todos los cargos. Y esa prueba demuestra que su declaración del 3 de mayo fue, en efecto, difamatoria.

—Dicho todo esto —intervino Roger, revolviendo él también sus papeles—, una declaración solo puede ser difamatoria si se presenta como un hecho. El tuit de mi clienta dice lo siguiente: «Última actualización del juicio de Max Has-

tings. Me da igual lo que crea el jurado, es culpable». —Carraspeó—. La frase «Me da igual» hace que la declaración que la sigue sea subjetiva, una opinión, no un hecho...

—¡No me venga con esas! —interrumpió Epps—. ¿Pretende recurrir al privilegio de opinión? ¿En serio? ¡Por favor! La declaración se realizó claramente como un hecho, y el archivo de audio se presentó como auténtico.

—Es que lo es —dijo Pip—. ¿Quiere oírlo?

—Pip, por favor...

—Señor Turner...

—Es evidente que está manipulado. —Max habló por primera vez, exasperadamente tranquilo, cruzando los brazos. Miraba fijamente al mediador—. Yo ni siquiera hablo así.

—¿Así cómo? ¿Cómo un violador? —lo espetó Pip.

—SEÑOR TURNER...

—Pip...

—¡Bueno! —Hassan se puso de pie—. Vamos a calmarlos un poco. Todos tendremos oportunidad de hablar. Recuerden que estamos aquí para que todos queden contentos con el resultado. Señor Epps, ¿podría explicarnos cuáles son los daños que su cliente busca compensar?

Epps inclinó la cabeza y sacó una hoja del final del montón.

—En cuanto a los perjuicios especiales, teniendo en cuenta que mi cliente debería haber estado trabajando estos últimos cuatro meses con un salario mensual de alguien con su posición, es decir, al menos tres mil libras, la pérdida económica sería de doce mil libras.

Max volvió a beber de su botella y el agua le bajó por la garganta. A Pip le habría encantado agarrar la puta botella y estampársela en la cara. Si va a haber sangre en sus manos, que sea de él.

—Por supuesto, al dolor y la angustia mental que mi cliente y su familia han sufrido no se le puede poner un precio. Sin embargo, creemos que una cantidad de ocho mil libras sería adecuada, aumentando el total a veinte mil libras esterlinas.

—Eso es ridículo —dijo Roger negando con la cabeza—. Mi clienta tiene dieciocho años.

—No he terminado, señor Turner. —Epps sonrió con ironía y se lamió un dedo para pasar la hoja—. Aun así, mi cliente opina que el sufrimiento continuo está relacionado con que la declaración difamatoria no se ha retractado y nadie le ha pedido disculpas, algo que, para él, tendría más valor que cualquier cantidad de dinero.

—La señorita Fitz-Amobi eliminó la publicación hace meses, cuando enviaron la primera carta de demanda —aclaró Roger.

—Señor Turner, por favor —respondió Epps. Como Pip tuviera que escucharlo decir «por favor» así una vez más, igual también le daba una hostia a él—. Borrar el tuit no mitiga los daños a su reputación. Por eso, nuestra propuesta es la siguiente: que la señorita Fitz-Amobi publique un comunicado, en la misma cuenta pública, en el que se retracte de la declaración difamatoria inicial y se disculpe por cualquier daño que sus palabras puedan haberle causado a mi cliente. Además, y este es el punto más importante, así que presten mucha atención, en este comunicado deberá admitir que manipuló el archivo de audio en cuestión y que mi cliente nunca dijo esas palabras.

—Y una mierda.

—Pip...

—Señorita Fitz-Amobi —suplicó Hassan, peleándose con su corbata como si cada vez la tuviera más apretada.

—Ignoraré el arrebato de su clienta, señor Turner —dijo

Epps—. Si se cumplen estas peticiones, aplicaremos un descuento, por así decirlo, a la cantidad por daños, dejándolos en diez mil libras.

—Bueno, es un buen comienzo. —Hassan asintió en un intento de volver a recuperar el control—. Señor Turner, ¿le gustaría responder a la propuesta?

—Gracias, señor Bashir —dijo Roger, tomando la palabra—. La suma sigue siendo demasiado alta. Supone usted mucho con respecto al posible estado de empleabilidad de su cliente. A mí no me parece un candidato especialmente destacable, sobre todo, tal como está el mercado laboral. Mi clienta solo tiene dieciocho años. Sus únicos ingresos son los que recibe por la publicidad en su podcast de crímenes reales, y empieza la universidad en unas semanas, momento en el que contraerá una gran deuda para pagarse los estudios. Teniendo todo esto en cuenta, la petición no es razonable.

—Está bien. Siete mil —dijo Epps entornando los ojos.

—Cinco mil —propuso Roger.

Epps miró rápidamente a Max, que asintió sin ganas, encorvándose en la silla.

—De acuerdo, nos parece bien —aceptó Epps—, junto con la retracción y la disculpa.

—Estupendo, parece que estamos avanzando. —Hassan sonrió con cautela—. Señor Turner, señorita Fitz-Amobi, ¿podrían dar su opinión sobre las condiciones?

—Bueno —empezó a decir Roger—, creo que...

—No hay trato —lo cortó Pip alejando la silla de la mesa, haciendo chirriar las patas contra el suelo pulido.

—Pip. —Roger se giró antes de que ella se pusiera de pie—. ¿Por qué no lo hablamos y...?

—No pienso retractarme ni decir que el audio estaba manipulado, porque es mentira. Es un violador. Prefiero morir antes que pedirte disculpas. —Le enseñó los dientes a

Max mientras la ira le trepaba por la espalda, cubriéndole toda la piel.

—¡SEÑOR TURNER! ¡Controle a su cliente, por favor!

—Epps descargó un golpe sobre la mesa.

Hassan dio una palmada, sin saber muy qué hacer.

Pip se puso de pie.

—Esto es lo que pasa, Max —pronunció su nombre escupiéndolo, como si fuera incapaz de retenerlo en la lengua—. Yo tengo la mejor defensa: la verdad. Así que, adelante, pon una demanda si te atreves. Nos veremos en los tribunales. Y ya sabes cómo funciona, ¿no? Para demostrar si lo que dije es verdad, tendremos que repetir el juicio por las violaciones. Con los mismos testigos, los mismos testimonios de las víctimas, las mismas pruebas. No habrá cargos criminales, pero al menos todo el mundo sabrá lo que eres. Un violador.

—Señorita Fitz-Amobi.

—Pip...

Colocó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, perforando a Max con una mirada ardiente. Ojalá pudiera prenderle fuego, quemarle la cara bajo la atenta mirada de ella.

—¿De verdad te ves capaz de conseguirlo una segunda vez? ¿Convencer a otro jurado de doce personas de que no eres un monstruo?

Él le devolvió la mirada.

—Se te ha ido la olla —se burló.

—Puede ser. Yo que tú tendrías mucho miedo.

—¡Bueno! —Hassan se puso de pie dando una palmada—. A lo mejor deberíamos hacer un descanso y tomarnos un té con unas pastas.

—Yo me voy —dijo Pip, colocándose la mochila sobre el hombro y abriendo la puerta con tanta fuerza que chocó con la pared.



—Señorita Fitz-Amobi, por favor, vuelva. —La voz desesperada de Hassan la siguió hasta el pasillo. También unos pasos. Pip se dio la vuelta. Solo era Roger metiendo los papeles en el maletín.

—Pip —dijo con la respiración entrecortada—. Creo que deberíamos...

—No voy a negociar con él.

—¡Esperen un momento! —El ladrido de Epps inundó el pasillo a medida que intentaba alcanzarlos apresuradamente—. Solo será un minuto, por favor —dijo recolocándose el pelo gris—. No vamos a presentar la demanda hasta dentro de un mes o así, ¿de acuerdo? Evitar el juicio es lo mejor para todos. Tómense unas semanas para pensarlo, cuando las cosas estén un poco más calmadas. —Miró a Pip.

—No necesito pensar nada —aseguró ella.

—Por favor... —Epps rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó dos tarjetas de visita de color mármol—. Ahí está mi número de teléfono —dijo, dándole una a Roger y otra a ella—. Piénselo y, si cambia de opinión, llámeme a cualquier hora.

—No lo haré —dijo cogiendo la tarjeta a regañadientes y metiéndosela en el bolsillo.

Christopher Epps la analizó durante unos instantes, con las cejas bajas, casi con preocupación. Pip le sostuvo la mirada, apartarla sería dejarlo ganar.

—Y, si me permite un consejo —añadió Epps—, puede aceptarlo o no, pero he visto a mucha gente metida en una espiral de autodestrucción. He representado a muchos, de hecho. Al final, solo conseguirá hacerles daño a todos los que la rodean, y a sí misma. No podrá evitarlo. Le recomiendo que recapacite antes de perderlo todo.

—Gracias por el consejo imparcial, señor Epps —siseó Pip—. Pero parece que me ha subestimado. Estaría dispuesta

a perderlo todo y a destruirme si eso significara que también le destrozó la vida a su cliente. Creo que es justo. Que tenga un buen día.

Le lanzó una sonrisa dulce y ácida y se dio la vuelta. Aceleró el paso. El ruido de los zapatos iba al mismo ritmo que los latidos de su corazón. Y ahí, justo detrás de los latidos, bajo las capas de músculos y tendones, estaban los seis disparos.